

Homilía de la Misa de apertura del Sínodo – Roma, 2 Julio de 2012

Evangelio: Mateo 8,18-22

Queridos Hermanos y Hermanas,

El Evangelio de este día es un buen desafío para iniciar e inspirar la reunión del Sínodo de la Orden. Nos recuerda que nuestra preocupación debe ser siempre la de favorecer, renovar, profundizar el seguimiento de Cristo, en nosotros y en nuestros hermanos y hermanas, porque toda Orden religiosa existe para esto, para seguir de forma particular al Señor Jesús. Como lo expresa bien san Benito al principio de la Regla: *“per ducatum Evangelii pergamus itinera eius – sigamos por sus caminos [del Señor], llevando como guía el Evangelio”* (RB Pról. 21).

El hombre tiene la libertad de ofrecer a Jesucristo su disponibilidad para seguirlo, su deseo de entregarle toda la vida, como lo hace el escriba de este evangelio: «Maestro, ¡te seguiré donde vayas!» (Mt 8,19). Pero el hombre no tiene la libertad de definir la forma y el modo del seguimiento. Solo Jesús mismo puede decidir y definir la verdadera forma de seguirle.

¿Por qué? Porque la forma de toda vocación es Cristo mismo, su vida, su misión, su condición, sus elecciones, sus sentimientos, su camino y su destino.

A este hombre, que en total libertad le ofrece su disponibilidad para seguirlo, Jesús no le objetó un rechazo, pero le expuso con claridad las condiciones del seguimiento. Y las condiciones del seguimiento de Cristo son las condiciones en las que Cristo vive en el mundo. “Jesús le respondió: «Las zorras tienen sus madrigueras y los pájaros nido, pero el Hijo del hombre no tiene donde reclinar la cabeza.»” (Mt 8,20)

La forma del seguimiento de Cristo es la forma de la vida de Cristo, las condiciones que Él ha elegido para vivir y realizar en el mundo la voluntad y la misión del Padre.

Cuando reflexionamos sobre nuestra vocación, cuando reflexionamos sobre la vocación en la que debemos formar y guiar a los miembros de nuestras Congregaciones y comunidades, la primera cosa que debemos hacer no debería ser la de definir nuestra vocación, sino mirar y escuchar a Cristo mismo. Solo si miramos y escuchamos al Señor, podemos ver y conocer la verdadera forma de nuestra vocación, de nuestro seguirlo y estar con Él. La forma y la regla de nuestra vocación es la persona de Jesucristo, y nunca ha habido renovación de la vida eclesial y de la vida consagrada en particular, no se ha dado nunca un nuevo y fecundo carisma sin que se encontrase en Cristo mismo la forma viva y exhaustiva de la propia vocación.

El Evangelio nos muestra y describe la forma de vida de Cristo, no como un relato del pasado, sino como advenimiento que se desarrolla hoy, bajo nuestros ojos y en nuestro corazón. Por esto, toda renovación nace y se alimenta del Evangelio, del Evangelio que nos anuncia, siempre de forma nueva la vida del Señor.

Las respuestas que Jesús da en el evangelio de esta Misa a las dos personas que quieren seguirlo, nos interpelan directamente, personalmente, y nuestro deseo de seguimiento de Cristo, renovado y vivo, debe confrontarse con el mismo, sino quiere permanecer como un simple deseo, una buena intención, es decir, si quiere convertirse verdaderamente en vida para nosotros y para nuestros hermanos y hermanas.

« Las zorras tienen sus madrigueras y los pájaros nido, pero el Hijo del hombre no tiene donde reclinar la cabeza ».

Esta respuesta es exigente, nos parece dura, diría que es espartana. El mínimo de comodidad y de intimidad que se da incluso a los animales, los pájaros y los zorros, parece negado a los seguidores de Cristo. Jesús anuncia aquí su muerte en Cruz, su expirar reclinando la cabeza en el vacío de la suspensión de la Cruz (cfr. Jn 19,30).

Entonces, ¿dónde estará la morada del que sigue a Cristo? ¿Dónde estará su reposo? ¿Quizá la morada de Cristo es una utopía en el sentido literal del “no-lugar”, del lugar no existente, irreal, soñado?

Pero Jesús no nos dice aquí dónde estaremos nosotros, sino dónde está Él, y nos anuncia así que el único lugar de morada y reposo de quien sigue a Cristo es su Persona. El Hijo de Dios, viniendo al mundo, se ha hecho un exiliado y sin casa para convertirse él mismo en nuestra morada. Él ha elegido no tener dónde reposar la cabeza, de modo que podamos reposar la cabeza sobre Él, sobre su presencia, sobre su amistad, como lo ha hecho el discípulo predilecto durante la última cena (cfr. Jn 13,25).

Cristo no invita al que le sigue al vagabundeo, sino a basar toda la estabilidad de su propia vida solo en Él, como Él ha vivido basando toda su estabilidad y paz en el Padre.

La forma de nuestro seguimiento es, por lo tanto, el Hijo de Dios que mora en el amor del Padre: “Como el Padre me ha amado, así os he amado yo, permaneced en mi amor.” (Jn 15,9)

También la segunda palabra de Jesús en este evangelio sobre el seguimiento es desafiante y nos invita, por lo tanto, a meditar.

El hombre que se dirige a Jesús parece también decidido a seguirlo, o quizá acaba de recibir la llamada de Jesús. Si el primero estaba lleno de decisión y de entusiasmo («¡Maestro, te seguiré donde quiera que vayas!»), el segundo tiene una duda, mira hacia atrás y pide un aplazamiento por un motivo muy serio: «Señor,

déjame primero ir a enterrar a mi padre » (Mt 8,21).

La respuesta de Jesús es chocante: «Deja que los muertos entierren a sus muertos, tú ven y sígueme» (8,22). Esta respuesta es chocante, porque parece expresar una negación de los afectos humanos más naturales. Y, sobre todo, formula un juicio muy negativo sobre quien no sigue a Jesús, como si fuesen todos muertos, muertos los muertos, muertos los vivos; como si toda la sociedad fuese una danza macabra, un funeral generalizado en el que los restos mortales y los celebrantes estuviesen todos igualmente privados de vida.

Ciertamente, el desafío de Jesús no está dictado por el desprecio hacia la sociedad y mucho menos hacia las familias de quienes Él llama a seguirlo más de cerca. Quiere más bien enseñarnos a entender y vivir la justa relación entre todo lo que está detrás de nosotros y Él a quien seguimos. Cristo es la vida, “la resurrección y la vida” (Jn 11,25). Y seguirlo significa afirmar nuestra fe en esto. Y no solo por nosotros, sino por todos, también por los muertos y los vivos que dejamos por seguirlo. Toda nuestra vida, todas nuestras relaciones y amistades, todo lo que nos ha generado y formado en el pasado, toda nuestra genealogía – fisiológica, psicológica y espiritual – todo tiene en Cristo y desde Cristo la plenitud de la vitalidad y fecundidad. Dejar a todos y todo para seguir a Jesús, nos abre a nosotros mismos y a todos aquellos a los que estamos unidos por la gracia de convertirnos en Él, no ya en muertos que entierran a sus muertos, sino en vivientes que generan otros vivientes.

Jesús recuerda que la muerte, todo lo que es muerte y pecado, todo lo que está corrompido en la vida humana, encuentra solo en Él la solución. Una solución que es redención, regeneración obrada por el Espíritu Santo que el Resucitado nos da en nombre del Padre. El seguimiento de Cristo es para recibir de Él la vida, no solo para nosotros, sino para todos. El seguimiento es radical si le pedimos a Él la vida del mundo, la resurrección de la humanidad para la vida eterna.

Este es el seguimiento que el carisma de san Benito y la Orden Cisterciense quieren favorecer, sostener, renovar siempre en nosotros y en todos nuestros hermanos y hermanas. Por esto está bien que al inicio de este Sínodo el Señor nos desafíe e ilumine con este evangelio, con esta palabra del Espíritu Santo a la Iglesia, de modo que en el trabajo que hagamos estemos verdaderamente movidos a ayudarnos y a ayudar a la Orden, a dejar todo lo que está muerto y estéril para seguir más libre y decididamente al Señor de la vida, en cuyo amor podremos siempre morar y reposar, sin cansarnos de la vocación que ha elegido para nosotros.

Fr. Mauro-Giuseppe Lepori
Abad General OCist